

PERSPECTIVAS EN NUTRICIÓN HUMANA  
ISSN 0124-4108 Vol. 9 No. 1 Enero-Junio de 2007  
Universidad de Antioquia. Medellín. Colombia págs. 81-88

Martín Ramiro Boyero Saavedra  
Estudiante de Historia  
Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín  
mrboyero@unalmed.edu.co

### **¿PROBLEMA ETERNO O PROBLEMA MODERNO?**

La singularidad histórica del problema de los alimentos transgénicos

La alimentación como función biológica fundamental ha constituido un problema siempre presente para el hombre a lo largo de la historia, a través del problema de la consecución del alimento el hombre ha enfrentado la posibilidad de su propia subsistencia. A riesgo de substancializar el fenómeno alimentario es pertinente remitirse a lo que señala Fischler (2) en “el (h) omnívoro)” cuando afirma el carácter cultural de la alimentación y su estrecha relación con el componente biológico de la

misma: no se trata de explicar la alimentación bajo un determinismo biológico que anule o invisibilice el universo simbólico de las prácticas alimentarias, las cuales bajo este esquema no serían más que la expresión de una racionalidad económica implícita como le refuta Fischler al materialismo cultural, pero tampoco se trata de entender las prácticas alimentarias como fenómenos culturales y sociales explicables en sí mismos e independientes del sustrato biológico que los atraviesa ineludiblemente. La propuesta de Fischler en este sentido es proponer un análisis de la alimentación en los que entren en diálogo diversos discursos para entender de forma integradora –que no ecléctica– el hombre en su relación múltiple y compleja con la alimentación.

Ahora bien, la razón por la que se retoma esta propuesta metodológica de Fischler está motivada por la necesidad de justificar el estudio de la alimentación transgénica, la cual no puede considerarse como un episodio más del avance de la biotecnología en el procesamiento de los alimentos ni tampoco como el “típico” caso histórico en el que un avance científico de cualquier índole genera resistencias de tipo religioso y político hasta que es finalmente aceptada y naturalizada. Consideraciones de este tipo por coherentes y simples que sean llevan a un profundo equívoco en el análisis histórico: los hechos terminan siendo explicados por una especie de historicismo que considera la historia como el espacio de lucha entre fuerzas progresistas y fuerzas retardatarias o reaccionarias ante el avance civilizatorio o como el escenario de lucha de los opresores y los oprimidos.

Este tipo de narrativa histórica de tipo maniqueo se halla revestida de un sentido ideológico claramente político: tiene el fin de legitimar un determinado proceso —en este caso la alimentación transgénica— como un hecho más del progreso científico o por el contrario busca satanizar un discurso hegemónico en aras de su destitución, así por ejemplo, en el caso de la alimentación transgénica, los diversos discursos ecologistas tienden a negativizar radicalmente las compañías transnacionales que comercializan alimentos genéticamente modificados las cuales no pasan de ser vistas como perversos organismos cuyo afán de lucro va en detrimento del medio ambiente, la salud pública y los agricultores de pequeña escala.

Comprendiendo el sentido de tales narrativas y la razón de ser de sus componentes ideológicos es necesario tratar de abordar el problema de tal forma que no se terminen reproduciendo los prejuicios de los discursos que hablan a favor o en contra de la alimentación transgénica. Precisamente su carácter ideológico hace que en aras de su eficacia retórica se tiendan a simplificar y reducir la complejidad del

problema de los alimentos genéticamente modificados.

En este sentido, es necesario ver el problema de la alimentación transgénica como un fenómeno histórico, irreducible a tales narrativas “metahistóricas”, que posibilita entender la problemática del sujeto moderno. No se trata de estudiar el fenómeno alimentario por sí mismo, sino que se busca entender mediante éste algunas problemáticas de la misma modernidad, teniendo presente la alimentación como vía de acceso privilegiada en tanto su omnipresencia—muchas veces paradójica— en una multiplicidad de discursos<sup>1</sup>.

## LOS ALIMENTOS TRANSGÉNICOS

¿Por qué razón preguntarse sobre los alimentos transgénicos?

Si hablamos de innovaciones tecnológicas en cuanto a la producción y mejoramiento de los alimentos, una simple observación histórica dará cuenta de la antigüedad de métodos utilizados en la modificación de los alimentos y las formas de la producción agropecuaria y de su transformación a lo largo de la historia en el contexto de diversas culturas. Desde esta mirada bastante simplificadora la alimentación transgénica podría verse como una innovación más en la tarea de humanización del alimento y de las formas de producción agropecuaria, sin embargo contrario a esto, la transgénesis de alimentos aparece como un fenómeno exterior a las anteriores formas de modificación del alimentos y en base a esta exterioridad se entretajan una multiplicidad de prejuicios que cuestionan la inocuidad de los

---

1 Se afirma que paradójica en tanto la abundancia de alimento y la superación de muchos de los determinantes climáticos y geográficos para la consecución de alimentos ya no constituyen un problema fundamental para el hombre moderno y sin embargo el problema de la alimentación continua vigente para el omnívoro moderno bajo diversas formas como las que analiza Claude Fischler.

avances biotecnológicos en lo que se refiere a la alimentación.

Una gran paradoja constituye el principio de este ensayo: ¿si los procedimientos que de alguna forma modifican los alimentos (piénsese por ejemplo en los injertos o los cruces entre variedades y especies distintas) no son nuevos, que tiene de especial la modificación genética de los alimentos que los hace ahora el centro de un fecundo debate? Una mirada atenta al problema muestra como esta paradoja constituye un falso problema que sin embargo no deja de ser sugestivo para adentrarnos en la complejidad del asunto.

En primer lugar tenemos que la desconfianza hacia los alimentos es constitutiva del hombre como ser omnívoro tal como lo explica Fischler; el hombre se ve impulsado hacia la variedad en su alimentación para poder suplir sus requerimientos nutricionales, más como no toda alimentación o combinación de alimentos le resulta benéfica o adecuada, debe saber elegir como alimentarse, de ahí pues que desarrolle una actitud cautelosa frente a alimentos que desconoce. Dicho en otras palabras el amplio repertorio de alimentos que el hombre puede consumir le obligan al mismo tiempo a realizar una cuidadosa selección en pro de su sobrevivencia.

Siguiendo la tesis de Fischler, todo alimento –genéticamente modificado o no–, no puede escapar a esta característica propia del omnívoro, aunque por supuesto la resolución de esta desconfianza sea diferente en cada contexto cultural; de acuerdo a esto, los alimentos transgénicos no participan de un tipo particular de desconfianza sino que reactualizan una problemática propia del omnívoro que abarca la amplia gama de alimentos que diariamente se consumen tales como la grasa, el azúcar, los huevos, las harinas, entre otros, cada uno de los cuales es proscrito o restringido por un determinado discurso, ya sea médico o dietético. Por otro lado, si pensamos la problemática ya no desde

la paradoja del omnívoro sino desde lo que Fischler llama la “inversión del sentido naturaleza-cultura” la cual retomaremos más adelante, nos damos cuenta que la desconfianza hacia productos transformados industrialmente es característica de la modernidad alimentaria. Un claro ejemplo de esto es el azúcar cuyo proceso de refinamiento pasó de verse como la garantía de su inocuidad para la salud humana a concebirse como la causa de su contaminación y nocividad, reivindicándose así simultáneamente el azúcar moreno de origen “natural” y por ende saludable.

En concordancia con lo anteriormente expuesto, llegamos a una temprana apreciación: la desconfianza hacia los alimentos transgénicos no representa una particular situación si se le compara con la desconfianza que en general provoca todo alimento al omnívoro o con la desconfianza que le genera al comensal moderno el alimento industrialmente procesado. Desde esta óptica es que la paradoja inicialmente planteada se convierte en un falso problema en tanto los alimentos transgénicos se ubicarían en el mismo plano que otros alimentos que sin sufrir modificaciones genéticas padecen o generan la misma mirada sospechosa.

Ahora bien, lo hasta aquí planteado no pretende negar la singularidad del problema de los alimentos transgénicos, sino solamente señalar un camino equivocado por el que se podría mal comprender el problema si no se reflexiona de antemano sobre en qué radica su diferencia con respecto a las problemáticas que generan otro tipo de alimentos. Hasta el momento, según lo tratado, no hemos encontrado “aquello” que hace particularmente sui generis el problema a tratar y en ese caso es preciso que ahondemos sobre la noción de exterioridad utilizada al principio de este escrito.

Para introducirnos a este problema observemos la siguiente afirmación: “la transferencia de genes entre especies no relacionadas es un fenómeno

totalmente nuevo en la naturaleza y puesto que no existían no se puede predecir exactamente cual va ser el comportamiento de esos nuevos organismos una vez liberados en el ambiente” (5). Notemos en esta cita que los transgénicos no se toman como un tipo de productos cuya modificación sea comparable a la que sufren otros tipo de alimentos; el hecho de que se afirme su “novedad” para justificar su potencial riesgo implica tácitamente que se toman los anteriores alimentos (procesados o no) como parte de una cierta familiaridad y –quizás sea temprano para decirlo- como merecedores de la categoría de “naturales”. Ante la modificación genética ya no es criticable el uso de herbicidas, pesticidas, colorantes, preservantes o simplemente “químicos” como peyorativamente en la cotidianidad se les denomina a este tipo de elementos y aditivos. Así pues ante la transgénesis de los alimentos, el mismo discurso que sataniza este proceso termina naturalizando alimentos cuya artificialidad como factor de riesgo era también denunciada.

De lo planteado hasta aquí tenemos que el problema de los transgénicos se puede comprender en una doble dimensión histórica: en el marco de la crisis del comensal moderno que analiza Fischler en “el (h) omnívoro” los alimentos transgénicos reactualizan una problemática que abarca aquellos alimentos sobre los cuales se sospecha una alteración por medio de las técnicas de producción agropecuaria o industrial, o en este caso de carácter genético. Desprendiéndose de esta misma reactualización, los alimentos transgénicos conllevan una problemática peculiar en la medida que plantean una suerte de trasgresión límite de lo natural, operando una naturalización o tradicionalización de anteriores procesos de modificación alimentaria cuya inocuidad se da por sentada.

¿Quiere decir esto que la desconfianza que generan los alimentos transgénicos termina por anular definitivamente la desconfianza hacia los demás tipos

de alimentos en virtud del fenómeno anteriormente mencionado? Ciertamente no. El fenómeno antes mencionado como la “naturalización” de convencionales procesos agropecuarios e industriales en virtud de la satanización de los transgénicos no es generalizado y sólo es observable en los discursos de carácter ecologista que diabolizan las técnicas de modificación genética. Es importante considerar que el problema de los transgénicos también se efectúa en medio de una cacofonía discursiva –llena de matices- que oscila entre posiciones radicales que defienden la benignidad o la peligrosidad de este tipo de alimentos, por tal razón sería un gran equívoco pensar que la desconfianza hacia los transgénicos conjure totalmente la desconfianza que igualmente generan en los consumidores otro tipo de alimentos modificados industrialmente, como si el rechazo hacia las técnicas de modificación genética en los alimentos fuera rotundo y unánime.

Podemos señalar así que la crisis del comensal moderno no se agota en el tema de los alimentos transgénicos, de ahí la doble dimensión que planteamos: una general que concibe el problema de los transgénicos como una muestra o manifestación de la crisis del comensal moderno y otra que parte de lo particular del problema para caracterizar aspectos propios de éste, en especial en lo referente a la transgresión límite de la naturaleza que los transgénicos plantean y que los relaciona con otras problemáticas modernas relacionadas con la experimentación genética como intervención radical en la naturaleza.

#### La crisis del comensal moderno y la inversión del sentido naturaleza-cultura

Colombia es y ha sido un país eminentemente rural, aun cuando en la segunda mitad del siglo XX se dio un crecimiento hiperacelerado de la población urbana, todavía gran parte de la población vive (¿sobrevive?) en zonas rurales. En éstas aun se

conservan modos de producción agropecuarios en los que los individuos tienen un dominio de la producción del alimento y aun cuando emplean técnicas e instrumentos agrícolas relativamente modernos, se trata de un modo de producción que no es precisamente el tipo de agricultura masificada, tecnificada y sincronizada con la producción industrial. Las prácticas de autosustento y el abastecimiento de reducidos mercados locales aun constituyen prácticas visibles en las formas de producción agropecuaria colombianas.

Este tipo de producción tiene una característica que nos permite entender una discontinuidad que señala Fischler en lo que se respecta al dominio de los individuos en la producción y procesamiento del alimento, que en el caso de la producción agrícola “tradicional” colombiana, se efectúa bajo la mirada y acción directa de los sujetos que consumen el alimento. Esta relación cercana entre el consumidor y la producción y preparación del alimento conjura la actitud neofóbica del omnívoro, posibilitando una especie de relativa confianza y seguridad con aquello que se come. En la medida que se tiene un control sobre la obtención del alimento por parte del productor-consumidor, existen pocos espacios oscuros en los que pueda imaginarse la adulteración de lo que se come. Fischler, al respecto, plantea una tendencia hacia un proceso contrario al explicado anteriormente: “la tendencia moderna es a la inversa: una parte cada vez más importante de la población consume alimentos producidos enteramente fuera de su vista y de su consciencia inmediata. Con el desarrollo de la industria agroalimentaria, es un producto ya transformado, prácticamente dispuesto para el consumo, el que llega al comensal” (2). Este proceso en el caso colombiano sería más visible en las ciudades en donde los consumidores cada vez más tienen acceso a productos ya preparados, precocidos o enlatados en los que poco han intervenido en el proceso que va desde su producción hasta el consumo final, salvo en acciones previas a

éste como el aderezamiento con otros productos o calentamiento en horno microondas<sup>2</sup>.

La industria agroalimentaria cada vez más fagocita las preparaciones culinarias tradicionales, ofreciéndolas en los supermercados en donde el usuario puede encontrar gran variedad de productos como arepas, frijoles, mazamorra, entre otros, cuya connotación simbólica es fuerte como factor de identificación regional en el caso de Antioquia. La línea divisoria entre la tradición culinaria y la industria agroalimentaria tiende a diluirse poco a poco, ayudada por las retóricas publicitarias cuya función es mostrar la industria como una prolongación de la tradición, de ahí que los comerciales de alimentos recurran a representaciones culturales propias para la promoción de tales productos.

Si las retóricas publicitarias deben tratar de posibilitar un puente entre la tradición culinaria y la industria agroalimentaria se debe precisamente a que esta relación no deja de plantear problemas al consumidor tal como lo plantea Fischler: “en los años setenta, este proceso de industrialización provoca cierto malestar. Una especie de desposesión aparece: el comensal moderno se ha convertido en un “consumidor puro”, quien se le escapa el pasado de lo comestible tanto como el de cualquier otro producto manufacturado” (2). Contrario a lo señalado en los espacios rurales, el no dominio o control del procesamiento del alimento industrial por parte del consumidor deja espacios oscuros en los que pulula la sospecha de adulteración de la comida. La no visibilidad de la preparación del alimento industrial se convierte en fuente de malestar para el receloso omnívoro que empieza a concebir la industria ya no como la garante de la domesticación del alimento

---

2 Es necesario aclarar que Fischler no opone lo rural a lo urbano como hemos planteado aquí para tratar de hacer visible la discontinuidad que el analiza en el caso colombiano, Fischler sitúa el fenómeno como una tendencia que termina abarcando ambos espacios.

sino como la responsable de su falseamiento, lo cual podría explicar la preocupación de que tales productos hagan visibles los ingredientes y procesos que conllevan.

Tenemos entonces este movimiento que nos hace visible Fischler: la cocina era la garante de la domesticación del alimento. La cocción como rasgo propiamente humano garantizaba la adecuación del alimento para el consumo humano. Pensemos por ejemplo en el mito de Prometeo en donde el fuego robado a los dioses se convierte en alegoría del rompimiento con la naturaleza y el mundo animal que se alimenta de lo crudo. Aquí la naturaleza entraña un estado salvaje cargado de misterios y peligros que es necesario regular y transformar a través de la cultura. Recordemos al respecto precisamente que Claude Fischler considera precisamente la cocina como un corpus de saber que le permite al omnívoro superar la paradoja entre la neofilia y la neofobia, siendo este saber el que civiliza el alimento salvaje potencialmente peligroso.

La cocina, sin embargo, como se afirmó anteriormente, es sustituida por la industria y en esta “suplantación” la industria ya no encarna la domesticación del alimento sino la falsificación del mismo, contrarrestando así el orden natural y desatando riesgos insospechables bajo la imagen aparentemente sana de los alimentos que produce. La naturaleza es en este sentido reivindicada como la depositaria de la inocuidad del alimento y hacia su preservación apunta el ideal de todo alimento que ha de considerarse sano.

El tratamiento aparentemente descuidado que hasta el momento se le ha dado al concepto de naturaleza no debe verse como una negligente ingenuidad. La relación entre naturaleza y cultura es una de las cuestiones más insoslayables por las que tiene que preguntarse todo sujeto en cualquier rama del saber, pero especialmente en el campo de las ciencias humanas. Ambos términos son especialmente

problemáticos en la medida que su uso se extiende en una amplia polisemia que continuamente se desplaza y se reconfigura desde una determinada configuración discursiva.

De acuerdo con lo planteado por autores como Levi Strauss, lo “natural” es paradójicamente un constructo cultural, imposible de entender como una substancia independiente y real en sí misma. El universo de lo natural, concebido como aquello en lo que no ha intervenido el hombre, conlleva una inevitable paradoja que nace desde el momento mismo en que aquello no puede pensarse al margen de un esquema cultural, de ahí pues que trazar un límite entre lo que es o no natural resulta casi imposible.

No obstante saltando esta inevitable paradoja, lo importante de señalar es que, aun con todos los equívocos que conlleva, la idea de lo natural tiene un funcionamiento social que se da por supuesto y que, en el caso de la alimentación, constituye uno de las nociones claves para entender las problemáticas de la modernidad alimentaria.

Como bien se planteó, retomando la idea de la inversión naturaleza-cultura que propone Fischler, lo natural se convierte en la modernidad alimentaria en el ethos de todo alimento. En este fenómeno se inscribe la concepción que se tiene de los transgénicos los cuales encarnan la imagen más artificial de los alimentos, aun cuando tales alimentos se vean aparentemente normales: “Los cultivos [transgénicos] con estas características son indistinguibles de los ordinarios” (4). El problema por tanto no es de apariencia, es de hecho esta misma la que se vuelve sospechosa como si el alimento fuera un simulacro de algo más real (más natural). La modificación genética es concebida aquí como una violación substancial de la naturaleza con consiguientes efectos insospechables –pero muy posiblemente nocivos– para el mismo consumidor que incorpora un alimento pervertido.

Causa asombro la denominación de “alimentos frankenstein” que reciben estos productos y en la que se condensa la imagen que se tiene de ellos como experimentos que –como el monstruo de la novela- están hechos de la mezcla de genes de diversas especies con el agravante de que tal artificio termina por volverse contra sus propios creadores: “cuando un ser vivo genéticamente manipulado se escapa al ambiente, éste ya no volverá a ser el mismo. Las consecuencias son impredecibles” (3).

La mezcla y transferencia de genes termina por desestructurar la identidad del alimento, desestructurando también el componente simbólico que lo acompaña. Las distinciones entre lo animal, lo humano y lo vegetal, que se consideran como categorías naturales dadas, terminan por atenuarse o confundirse, trastocando a su vez factores de identidad asociados a un determinado hábito alimenticio o con una determinada proscripción moral tal como lo ilustra la siguiente cita: “[...] Se consideran éticamente sensibles los siguientes casos: la transferencia de genes humanos hacia animales o plantas que son usados en la alimentación, la transferencia de genes de animales prohibidos por algunas religiones a animales que esta permitido comer; y la transferencia de genes animales a cultivos alimenticios, lo que podría ser inaceptable para algunos grupos vegetarianos” (1).

Pese al problema que plantea la modernidad alimentaria, el hecho es que en la práctica los sujetos asumen el consumo de productos industrialmente procesados y transgénicos, no obstante, este consumo esta posibilitado por operaciones de purificación que facilitan la incorporación de estos alimentos. A parte del discurso publicitario cuya función ya habíamos mencionado al respecto, es aquí donde la acción del Estado toma un papel fundamental en tanto es el garante de la originalidad y pureza de los alimentos que se ofrecen. Mediante este tipo

de certificaciones que se convierten en el caballo de batalla en el tema de los transgénicos, se busca restituir la identidad del alimento de tal manera que su incorporación se asocie con los alimentos “naturalmente” identificados, tal como lo afirma Fischler “frente a esta incertidumbre radical, una de las respuestas características consiste en “reidentificar” el alimento por todos los medios. De allí, sin duda, la obsesión del label, de la etiqueta, de la garantía de los orígenes y de la pureza original” (2).

El mismo discurso científico de la biotecnología se ve avocado a recurrir a conceptos como el de “equivalencia substancial” para reidentificar el alimento con productos genéticamente no modificados como una estrategia que busca conjurar la inevitable sospecha que despiertan en los consumidores: “Los alimentos transgénicos son sometidos a una serie de evaluaciones sobre su seguridad [...] Para esta evaluación se utiliza el concepto de “equivalencia substancial”, según el cual, si un alimento procedente de la nueva biotecnología se puede caracterizar como equivalente a su predecesor convencional, se puede suponer que no plantea nuevos riesgos, por lo tanto, que es aceptable para su consumo” (1).

Lo esbozado hasta el momento con el problema de los alimentos transgénicos da cuenta de la vastedad y complejidad de problemáticas con la que se relaciona este tema en especial, lo cual reafirma la manera como la alimentación se despliega en diversos planos de la realidad cuyo estudio posibilita una vía de acceso privilegiada para entender el sujeto moderno en su fragmentado devenir; por esta razón, este ensayo ha sido sólo un acercamiento bastante parcial al problema, pero que induce a pensar sobre la fecundidad de problemas históricos e historiográficos que pueden explotarse a través del estudio de la alimentación y el universo discursivo y simbólico que acompaña esta práctica tan banal y cotidiana.

## Referencias

1. Chaparro Giraldo A. Los cultivos transgénicos y las sociedades latinoamericanas. <http://www.redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/411/41110103.pdf>. Fecha de consulta: septiembre 29 de 2006.
2. Fischler C. El (h) omnívoro. Barcelona: Anagrama; 1995; p. 209-12.
3. El peligro de los alimentos transgénicos: [www.oei.org.co/sii/entrega20/art05.htm](http://www.oei.org.co/sii/entrega20/art05.htm). Fecha de consulta: noviembre 5 de 2006.
4. Rodríguez Guerra O. Transgénicos, orgánicos al fin de cuentas. [http://delaurbedigital.udea.edu.co/?module=displaystory&story\\_id=1490&edition\\_id=10&format=html](http://delaurbedigital.udea.edu.co/?module=displaystory&story_id=1490&edition_id=10&format=html). Fecha de consulta: noviembre 5 de 2006.
5. Vélez G. Riesgos e impactos en la agricultura y la salud humana. Los alimentos transgénicos en Colombia. <http://www.semillas.org.co/articulos.htm?x=11733>. Fecha de consulta: octubre 8 de 2006.